

### “LA NOBLE CONFESIÓN DE LA FE”<sup>36</sup>

Ya no es un secreto para nadie que nuestra fe se halla hoy amenazada. No se trata simplemente de un problema individual de nuestra fe personal y de nuestra vida interior personal. Se trata de un problema que se nos plantea a nivel de ciudad, de una amenaza que nos toca en la sustancia misma de lo que creemos. Se lo siente en todos los niveles: a nivel de los ataques provenientes desde fuera, al nivel de las flaquezas del interior<sup>37</sup>.

Los ataques más perniciosos no son los provenientes de los “lobos temibles”, de los enemigos exteriores, sino los que brotan en el seno de aquellos que deberían defender la sana fe. Al despedirse de los presbíteros de Éfeso convocados en Mileto, san Pablo les dijo: “Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con su propia sangre. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilad...” (*Hch* 20,28-31).

“De entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas...”. Lo que en tiempos del Apóstol era, sin duda, bastante raro, se ha tornado cosa frecuente en nuestros días: muchos de aquellos a quienes la Iglesia ha otorgado el mandato de transmitir su doctrina recibida de Cristo, olvidan el más elemental deber de cualquiera que esté establecido en autoridad, a saber, la fidelidad (cf. *1 Co* 4,1 ss.) y se portan como “falsos profetas que vienen con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (*Mt* 7,15).

El peligro más grave “se halla en el interior: el peligro está en dejar que se descomponga la fe, la institución, la interioridad. Está en la contestación que cuestionaría los grandes artículos de la fe, desde la concepción virginal hasta la Resurrección corporal de Cristo. Está en la contestación de la institución eclesial, de la autoridad y la infalibilidad del soberano Pontífice, del valor de los sacramentos en cuanto que constituyen el medio vital en el que se desarrolla la experiencia cristiana”<sup>38</sup>.

El cristiano tiene hoy una responsabilidad esencial: tomar conciencia de que la fe que ha recibido, a la cual adhiere, la que Pablo VI ha proclamado en su magnífico *Credo*, conserva la totalidad de su valor. Constituye también para todos un deber el afirmarse en esa fe, profundizarla, interiorizarla por la oración. La fe y la oración están unidas entre sí por un vínculo íntimo y necesario<sup>39</sup>. “Para orar, creamos -dice san Agustín- y a fin de que no llegue a faltar la fe que nos hace orar, recurramos a la oración. La fe hace que fluya la oración, y la oración obtiene la firmeza de la fe”. Y el santo Cura de Ars<sup>40</sup> definía la fe por la oración: “hablar con Dios como se hablaría con un hombre”.

Para ser capaz de ejercitar su fe con mayor vigor y entusiasmo, es necesario además que el cristiano de hoy se dé cuenta de la *nobleza* del combate de la fe, del testimonio de la fe, de la confesión de la fe. Debe tomar a pecho la seria recomendación de Cristo cuando nos advierte que a todo aquel que lo haya confesado delante de los hombres, Él también lo confesará delante

<sup>36</sup> Tradujo: Hna. Paula Debussy, osb. Abadía de Santa Escolástica.

<sup>37</sup> Cf. Cardenal JEAN DANIELÉLOU, *La foi de toujours et l'homme d'aujourd'hui* (Beauchesne, Paris 1969), p. 144.

<sup>38</sup> *Ibid*, p. 145.

<sup>39</sup> *Sermo* 115,1; PL 38,655.

<sup>40</sup> Fr. TROCHU, *Le Curé d'Ars, Saint Jean-Marie Vianney* (Paris 1931), p. 398.

de su Padre y de los ángeles, pero a aquel que lo haya negado delante de los hombres, Él también lo negará delante de su Padre y de los ángeles (cf. *Mt* 10,32 ss.; *Lc* 12,8 ss.).

A fin de poder luchar con mayor energía en “el noble combate de la fe” y dar el “noble testimonio de la fe”, comenzaremos por pasar revista a los diferentes términos con que se designa a la fe ejercitada en medio de las dificultades; luego consideraremos la nobleza de nuestra vida de fe.

## I. EL VOCABULARIO

Los principales términos que hay que mencionar son “confesar, profesar” (*homologéō*) y “testimoniar” (*martyréō*); y puesto que esta “confesión” y este “testimonio” exigen un duro renunciamiento e implican obstáculos que hay que superar, encontramos a menudo, sobre todo en san Pablo, las palabras “lucha, luchar” (*agôn, agônizesthai*).

### 1. “Confesar”

Pablo y Juan emplean este verbo (*homologéō*) cuando hablan del deber de confesar la fe cristiana. “Si *confiesas* con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca *se confiesa* para conseguir la salvación” (*Rm* 10,9 ss.; cf. *2 Co* 4,13).

Cristo emplea el mismo verbo: “A todo aquel que me *confiese* delante de los hombres, Yo también lo *confesaré* ante mi Padre que está en los cielos ‘, (*Mt* 10,32 ss.), Quien haya afirmado con valentía su fe en Cristo tiene la seguridad de que Cristo a su vez lo “confesará”, es decir, lo reconocerá públicamente ante su Padre y ante los ángeles, como discípulo suyo, digno de recompensa. (*Lc* 12,8 ss.).

Esta promesa de Cristo tiene su eco en el Apocalipsis: “El vencedor será revestido de blancas vestiduras, y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y de sus Ángeles” (*Ap* 3,5). A la escena de la tierra, en que el Nombre de Cristo es confesado firmemente ante un tribunal humano, corresponderá un día en el cielo, otra escena en que el Señor glorificado se declarará, ante su Padre y ante los Ángeles y los Santos, en favor de quien lo haya confesado delante de los hombres.

Negarse a confesar la dignidad mesiánica de Jesús en la hora de la prueba, equivale a renegar de Él (cf. *Jn* 1,20; 9,22; 12,42). Declararse por Jesús ante los hombres es dar gloria a Dios; por el contrario, cuando se busca recibir gloria de parte de los hombres, se llega a renegar de Cristo. En efecto, a quienes le rehúsan su fe, Jesús hace este reproche: “¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis, gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene de solo Dios?” (*Jn* 5,44). “Aún entre los magistrados, muchos creyeron en Él; pero por los fariseos, no lo confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga, porque preferían la gloria de los hombres a la gloria de Dios” (*Jn* 12,42).

Mientras la “confesión” implica un “sí a Cristo, Hijo de Dios, toda “negación” opone un “no” a la persona del Salvador y al Padre que lo envió y acreditó: “¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre” (*1 Jn* 2,22 ss.). Después que hubo recibido de Jesús tantas pruebas de amistad y de predilección, Simón Pedro negó a su Maestro tres veces durante el proceso judicial; entonces, la mirada silenciosa y llena de misericordia de Cristo, atado y escarnecido, le hizo comprender la enormidad de lo que acababa de hacer: estalló en sollozos y derramó lágrimas amargas (*Mt* 26,69-75 y paralelos).

Se llega a “renegar” de alguien porque “se tiene vergüenza”, de conocerlo o de tener trato con él. “Tener vergüenza, sonrojarse” se opone a la “confesión”. “Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos Ángeles” (*Mc* 8,38; cf. *Lc* 9,26). San Pablo “no se avergüenza del Evangelio” (*Rm* 1,16) por el contrario, lo proclama con franqueza. Y a su discípulo Timoteo le pide: “No te avergüences ni del testimonio que has de dar de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero” (*2 Tm* 1,8). El mismo Pablo “no se avergüenza” de su segundo cautiverio en Roma, pues sabe en quién se ha confiado (*2 Tm* 1,12). El Señor -dice Pablo- concederá misericordia a la familia de Onesíforo porque éste alivió muchas veces al Apóstol y “no se avergonzó de su cadenas” (*ibid.* v. 16).

## 2. “Dar testimonio”

En los escritos del Nuevo Testamento, los términos “confesar” y “testimoniar” se hallan con frecuencia asociados (*1 Tm* 6,12 ss.; *Jn* 1,19 ss.). “Testimoniar” es atestiguar la realidad de un hecho que se ha visto, dando a tal afirmación toda la solemnidad exigida por las circunstancias; el testimonio tiene por finalidad conducir a creer a todos los que no han presenciado personalmente el hecho. Juan Bautista “vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él” (*Jn* 1,7).

Los Apóstoles son testigos de Cristo, de toda su vida y de su enseñanza y, en especial, de su Resurrección: “Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (*Hch* 1,8; cf. *Lc* 24,48). Las persecuciones que les esperan les ofrecerán la ocasión preciosa de dar testimonio: “Os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre; esto os sucederá para que deis testimonio” (*Lc* 21,12 ss.).

San Juan tiene gran predilección por los términos “testimoniar, testimonio”: en su evangelio, emplea 34 veces el verbo *martyréô*, “testimoniar”, mientras que san Mateo y san Lucas lo emplean sólo una vez, y san Marcos, ninguna; y en los escritos joánicos (Evangelio, Cartas, Apocalipsis), el sustantivo “testimonio” (*martyría*) se encuentra 30 veces, en tanto que en otros lugares sólo siete veces. El cuarto evangelista da al “testimonio” igual importancia que a la fe; en efecto, el testimonio debe fundamentar o fortalecer la fe en Cristo.

El testimonio por excelencia, el más eficaz y el más noble, es el martirio: la palabra “mártir” viene del griego *mártyr*, “testigo”. El mártir sella su testimonio con su sangre, derramada por Cristo (cf. *Ap* 11,7; 12,11).

## 3. “Lucha, luchar”

San Pablo tiene marcada predilección por los términos “lucha, luchar” (*agôn*, *agônízesthai*); fuera de sus Cartas, se los encuentra tan solo dos veces (*Lc* 12,24; *Jn* 18,36). Cristo mismo dice: “Luchad para entrar por la puerta estrecha” (*Lc* 13,24), y expresa el mismo pensamiento, sirviéndose de otro verbo (*biázesthai*): “(Desde la predicación de Juan Bautista), comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él” (*Lc* 16,16), es decir “poniendo en tensión todas sus energías, como para tomar por asalto una fortaleza”<sup>41</sup>.

Hacia el fin de su vida, Pablo puede decir con confianza: “He luchado el buen combate, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe” (*2 Tm* 4,7); e invita a Timoteo a combatir junto a él en la misma arena: “Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna” (*1 Tm* 6,12). También Judas Tadeo exhorta a los fieles “a combatir (*epogônízesthai*) por la fe que

---

<sup>41</sup> Canónigo E. OSTY, nota sobre *Lc* 16,16, en su *Nouveau Testament*, Nueva Traducción (Siloë, Paris 1949), p. 169.

ha sido transmitida a los santos de una vez para siempre” (*Judas* 3).

San Pablo “lucha” por sus fieles, sobre todo mediante la oración:

“Quiero que sepáis -escribe a los colosenses- qué dura lucha estoy sosteniendo por vosotros y por los de Laodicea, y por todos los que no me han visto personalmente” (*Col* 2,1). Y les dice también que su compatriota Epafras “no deja de luchar a favor vuestro en sus oraciones, para que os mantengáis perfectos cumplidores de toda voluntad divina” (*Col* 4,12). Y a los Romanos los exhorta: “Os suplico, hermanos... que luchéis juntamente conmigo en vuestras oraciones rogando a Dios por mí” (*Rm* 15,30). La oración es, pues, como la vida de fe, una verdadera “lucha”.

## II. LA NOBLEZA DE NUESTRA VIDA DE FE

### 1. El ejemplo de Cristo

Cristo es modelo acabado para todos aquellos que confiesan su fe y dan testimonio. No por cierto en el sentido de que, como nosotros, Cristo haya debido aceptar por el testimonio de otro lo que el mismo ignoraba. “El que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído” (*Jn* 3,31 ss.); Él es “el que inicia y consume la fe” (*Hb* 12,2), “el apóstol y el sumo sacerdote de nuestra fe” (*Hb* 3,1); no necesita practicarla, salvo en el sentido de confianza y abandono para con su Padre.

La doctrina constante de la Iglesia afirma que desde el primer instante de la Encarnación, el alma de Jesús estaba en posesión de la visión beatífica<sup>42</sup> y que gozaba de ella, en su parte superior, aun en los tormentos de la Pasión<sup>43</sup>. Impugnada por ciertos teólogos, en el pasado y en nuestros días, esta tesis tradicional conserva todo su valor.

Si Jesús es el modelo para la confesión y el testimonio de la fe, ello es porque, encadenado y condenado a ser crucificado, proclamó solemnemente y a pesar de todas las apariencias, ante el procurador del emperador romano, su realeza mesiánica. En efecto, san Pablo escribe a Timoteo: “Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y de la que hiciste aquella solemne profesión delante de muchos testigos. Te recomiendo en la presencia de Dios que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que ante Poncio Pilato rindió tan solemne testimonio, que conserves el mandato sin tacha ni culpa hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (*1 Tm* 6,12-14).

La “noble confesión” (*hē kalē homología*), el noble “testimonio” que Cristo dio ante el procurador romano, consistió en la proclamación de su realeza mesiánica y de su papel de revelador de la Verdad: “Mi Reino no es de este mundo... Entonces Pilato le dijo: ‘¿Luego, tú eres Rey?’ Respondió Jesús: ‘Sí, como dices, soy Rey. Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz’” (*Jn* 18, 36 ss.).

Ese es el tipo de la profesión de fe del cristiano, ya en el momento del bautismo, ya ante los perseguidores. Que Jesús, encadenado, coronado de espinas, proclamase su Realeza, debía aparecer como una ridiculez suma, una pura locura. El discípulo de Cristo, decidido a dar testimonio de su Maestro, debe estar dispuesto a pasar por loco y parecer ridículo. Debe estar pronto a “cargar el oprobio de Cristo” (*Hb* 13,13; cf. 11,26): “Recuerda -dice Jeremías - que por ti he soportado el oprobio” (*Jr* 15,14; cf. *Sal* 89,51). Debe consentir en ser tachado de “atrasado”, de “superado”.

---

<sup>42</sup> Cf. Sto. TOMÁS, *Suma teológica*, III, q. 9, a. 2.

<sup>43</sup> Cf. *ibid.*, q. 46, a. 8.

Cristo es el prototipo del “testigo” cristiano: en el Apocalipsis, es llamado “el testigo fiel” (*Ap* 1,5), “El *Amén*, el testigo fiel y veraz” (*Ap* 3,14). Sella su testimonio con la sangre de la Cruz.

¡Qué paradoja! Mientras Cristo dio testimonio ante Poncio Pilato, éste, a su vez, sin saberlo, sin quererlo, dio testimonio de Cristo. En el curso de su ministerio público, Jesús no proclamó abiertamente su dignidad mesiánica y real, pero Pilato lo hizo mediante la inscripción que mandó colocar en lo alto de la cruz: “Jesús Nazareno, el Rey de los judíos” (*Jn* 9,18; cf. 27,37; *Mc* 15,26; *Lc* 23,38).

Este título, esta sentencia de condenación, escrita en las tres lenguas mundiales de la época, se convirtió en el punto de partida de la confesión cristiana que considera a Jesús como el Cristo: ese Jesús es Cristo y Rey, en calidad de crucificado; para él, ser Rey es ser crucificado, es haberse entregado por completo, sin reserva alguna, para la salvación de los hombres. Verdaderamente, la fe cristiana -es decir la fe en Jesús, el “Cristo”, el Mesías- nació en la cruz<sup>44</sup>.

## 2. Los títulos de esta nobleza

La “lucha” en que nos empeñamos cuando ejercitamos nuestra fe con energía, nuestra “confesión”, el “testimonio” que damos así de Cristo, revisten un aspecto de nobleza, de dignidad, del que debemos tornarnos cada vez más conscientes. San Pablo gusta de hablar del “buen combate”, del “noble servicio militar” (*hê kalê stratiá*) que consiste en “conservar la fe y la conciencia recta” (*1 Tm* 1,18 ss.), del “buen combate (*agón*) de la fe” (*ibid.* 6,12; cf. *2 Tm* 4,7), de la “noble confesión de fe” que Timoteo hizo “delante de muchos testigos” (*1 Tm* 6,12). En todos estos textos, el adjetivo griego *kalós* significa a la vez “hermoso, bueno y noble”.

La fe que practicamos, ya sea frente al mundo escéptico o incrédulo, ya sea frente al hombre viejo -ese incrédulo que dormita dentro de cada uno de nosotros - es “noble” por varios títulos:

- a) glorifica a Dios,
- b) corona la Obra de Dios,
- c) da la libertad verdadera.

### a) La confesión de la fe glorifica a Dios

Si, a ejemplo de Abrahán, en vez de “vacilar en la fe”, nos fortalecernos en ella, entonces “damos gloria a Dios” (*Rm* 4,19 ss.), como el Patriarca, “padre de todos los creyentes” (*Rm* 4,11-16). El creyente, por serlo, da gloria a Dios, una gloria que vale mucho a los ojos de Dios. En efecto, “El que acepta su testimonio (el del Hijo de Dios)”, es decir, quien cree en Jesús, “certifica que Dios es veraz” (*Jn* 3,33)<sup>45</sup>. Juan Crisóstomo<sup>46</sup> comenta así este texto capital: “Al decir: ‘El que acepta el testimonio (del Hijo), certifica que Dios es veraz’, el evangelista afirma que no podríamos rehusarnos a creer en Cristo, sin acusar de mentira al Dios que lo envió. Cristo nada dice fuera de su Padre; todo lo que dice pertenece al Padre: por tanto, quien no escucha a Cristo, tampoco escucha al Padre que lo envía”.

Dios deja al hombre en libertad para que, por su consentimiento a la revelación traída por su Hijo, imprima su sello sobre esta palabra divina, certifique solemnemente, como se hace al sellar un documento oficial, que Dios es veraz, certifique al mismo Dios que su revelación es

<sup>44</sup> Cf. JOSEPH RATZINGER, *Einführung in das Christentum. Vorlesungen über das Apostolische Glaubensbekenntnis*, 10 ed. (Munich 1968), pp. 164 ss.

<sup>45</sup> Difícilmente se comprende que este versículo tan claro, se pueda traducir de la manera siguiente: “Al traer su revelación, prueba que Dios es fiel” (L. HARDOUIN DUPARC, *L’incarnation selon St. Jean*, en *La Vie Spirituelle*, diciembre 1970, p. 486). ¿Desde cuándo *lambánō* significa “traer”?

<sup>46</sup> *Homilias sobre San Juan XXX,2*; PG 59,173.

verdadera y que, por ella, se manifiesta fiel y veraz. Pocos son los pasajes del Nuevo Testamento en los que el carácter libre y personal del acto de fe, en cuanto respuesta del hombre a la palabra de Dios, esté expresado tan claramente y con tanta fuerza<sup>47</sup>.

En el evangelio de san Juan, el verbo griego equivalente a “sellar” (*sphragizô*) se encuentra sólo dos veces: en el texto que acabamos de citar (*Jn 3,33*), y en *Jn 6,27* donde Jesús dice que “el Padre Dios ha marcado con su sello”. El Padre ha “sellado” a su Hijo de varias maneras: 1. comunicándole desde toda la eternidad su propia esencia, puesto que el Hijo es “la impronta de su sustancia” (*Hb 1,3*); 2. acreditándolo ante nosotros por su poder de taumaturgo; 3. por último, destinándolo para que se sacrificase por la humanidad pecadora; en efecto, en los papiros griegos, el verbo *sphragizô* significa frecuentemente “marcar un animal” (destinado al sacrificio). A lo que el Padre hizo, el hombre responde, a su vez, por el acto de fe: de esa manera, hay reciprocidad en la testificación.

En tanto que el Padre imprime en su propio Hijo encarnado el sello de la autenticidad, el Espíritu Santo, al sellar a los creyentes, los marca como hijos de Dios y les da la certeza de pertenecer a Dios y de obtener un día la salvación definitiva: “Tras haber creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo que Dios adquirió para sí” (*Ef 1,13 ss.*; cf. *4, 20*; *2 Co 1,22*). El Espíritu es a la vez el que sella y el sello. Nuevamente queda salvaguardada la reciprocidad: el creyente pone su sello sobre la verdad y la fidelidad de Dios; a su vez, el Espíritu, marca al creyente como hijo de Dios y heredero de la gloria futura.

Esta impresión del sello, realizada mediante el acto de fe, honra a Dios, que se regocija por ella, como lo hizo Cristo cuando manifestó su alegría después de la confesión de fe proclamada por Simón Pedro cerca de Cesarea de Filipo: “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre (consideraciones humanas, naturales) sino mi Padre que está en los cielos” (*Mt 16,17*). Mientras que el creyente atestigua la veracidad y la fidelidad de Dios, “quien no cree a Dios le hace mentiroso” (*1 Jn 5,10*): he aquí algo realmente monstruoso, tratar de “mentiroso” a Dios que es la Verdad misma.

Según el uso bíblico, “creer en Cristo” implica amor por Cristo. Amar a alguien sin haberlo visto jamás, es grande y noble. San Pedro lo dice en su primera carta: “(Ese Señor Jesús) a quien amáis sin haberle visto; en quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa, seguros como lo estáis de alcanzar la meta de vuestra fe, la salvación de vuestras almas” (*1 P 1,8 ss.*). Por las pruebas, valerosamente aceptadas, “la calidad probada de nuestra fe, más preciosa que el oro percedero que es probado por el fuego, se convierte en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo” (*1 P 1,7*).

En los evangelios, el verbo griego *thaumázô* (admirar, asombrarse) se aplica a Cristo sólo dos veces. En san Marcos, expresa una sorpresa penosa, un asombro doloroso: ante la poca fe que encuentra entre sus conciudadanos de Nazaret, Jesús “se sorprendió de su incredulidad” (*Mc 6,6*). Por el contrario en san Mateo y san Lucas se admira y se regocija ante la fe del centurión romano que le dice: “Basta que lo mandes de palabra y mi criado quedará sano” (*Mt 8,8*; *Lc 7,7*). “Al oír esto, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: ‘Os digo de verdad que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande’” (*Mt 8,10*; *Lc 7,9*). La misma reacción ante la mujer cananea que persistía en tener confianza a pesar de una negativa triple y muy dura de parte de Cristo: “Mujer, grande es tu fe” (*Mt 15,28*). Cuando vuelva glorioso al fin de los tiempos, el Señor quiere “ser glorificado en sus santos (es decir, en sus discípulos) y admirado en todos los que hayan creído” (*2 Ts 1,10*).

Por otra parte, la admiración será recíproca: la fe hace que nos maravillemos ante la grandeza y

---

<sup>47</sup> Cf. JOSEF BLANK, *Krisis. Untersuchungen zur johanneischen Christologie und Eschatologie* (Lambertus-Verlag, Freiburg i. Br. 1964), p. 69.

munificencia de Dios: la Creación, la Encarnación, la Eucaristía; y el *Señor*, a su vez, hallará sus complacencias en admirar a aquellos que creen.

A este propósito merece ser citada una página de las *Notas íntimas* de Marie Noël<sup>48</sup>. Quien la escribió atravesó una temible noche espiritual. Con fecha 31 de diciembre de 1940, en los días de la invasión alemana, leemos, bajo el título de *Te Deum*, lo que sigue:

“El último día del año, Dios estaba en el cielo y, mirando hacia abajo, veía una iglesia en la que la gente le estaba cantando el *Te Deum*. La iglesia no tenía ya campanario ni campanas y el señor cura, con gran trabajo, había tapado los agujeros más grandes de las paredes y del techo, para que los fieles no se mojasen demasiado los días de lluvia mientras recitaban allí sus plegarias.

Estaba presente Leontina cuyas tres casas habían sido presa de las llamas y que ahora se alojaba en un frío granero. Estaba Teresa, a quien los alemanes le habían quitado muebles y ropa y que había venido al oficio con el abrigo de su vecina. Estaba Francisco, de la granja de los Noues, cuyos caballos y vacas le habían sido llevados por los soldados, de manera que no podía ya trabajar sus tierras, y, junto a él, en el mismo banco, la pobre Magdalena a quien le habían matado de un tiro al marido a la entrada del pueblo. Estaba Germana, la renga, cuyos tres hijos habían sido tomados prisioneros... Y Teodoro, cuya mujer y sus dos hijas habían perecido juntas, sepultadas bajo el granero... y Margarita que, en la huída, había perdido a su hijito, y nadie sabía qué había sido de él... y Vicente cuya anciana madre había ardido junto con el coche... Y Juan Pedro, que había perdido sus dos ojos en la explosión de un obús... y todos aquellos y aquellas que ya no sabían adónde ir, ni qué comer porque los enemigos arrasaban campos, establos y negocios y se llevaban el alimento. Todos estaban allí, reunidos en gran número y apretados en la iglesia. Algunos lloraban. Pero todos cantaban aplicada y piadosamente el *Te Deum* del último día de diciembre -‘por todas las gracias y beneficios recibidos en el transcurso del año’- como les había dicho el anciano cura.

El Dios bueno, al escucharlos, se admiró y dijo a los ángeles:

‘En verdad, en verdad, el hombre es una santa criatura. Miren toda esa pobre gente: hace doce meses me habían confiado su año para que les procurase un buen viaje y yo se lo he cargado de espantosas calamidades; habían pedido todos los días que los librara del mal, y yo los he entregado a las peores males; habían implorado la paz, lancé sobre ellos la guerra; me habían implorado el pan de cada día, les preparé el hambre de la cual van a morir varios de entre ellos; habían creído que dejaban seguras entre mis manos a su patria y a sus familias, y yo he aplastado su patria y destrozado sus familias... Ciertamente tenía mis razones... No puedo no dejar caer sobre una nación el peso de sus faltas; no me es posible limpiar el mundo cuando está sucio, sin trastornarlo, como lo hice en tiempos de Noé, cuando tuve que lavarlo con torrentes de agua. Pero esa es mi tarea de Dios que solamente yo veo con claridad. Los hombres no saben qué estoy haciendo ni cuál es el bien que estoy procurando, y, sencillamente lo padecen. Y, sin embargo, me alaban y me agradecen como si hubiese conservado cada una de sus pobrecitas existencias según su pobre plegaria. Verdaderamente, grande es su fe. Y me aman con todo el corazón. ¡Hijos míos, hijos míos! ... ¿Los oyen cantar *Sanctus! Sanctus!* lo mejor que pueden? Canten también ustedes, en el cielo, ángeles y profetas y santos todos, un canto en honor de aquellos cuya desgracia me da gloria’.

Entonces, el Dios bueno entonó: *Te hominem laudamus* y los ángeles cantaron y alabaron al hombre”.

---

<sup>48</sup> Notas íntimas, seguidas de *Souvenirs sur l'abbé Bremond* (Stock, Paris 1939), pp. 241-243.

Nuestra fe es un homenaje particularmente precioso y agradable a los ojos de Dios, cuando se ejerce respecto de la Eucaristía, llamada por la liturgia *Mysterium fidei*, “el misterio de la fe” por excelencia. Admitir que bajo las especies del pan y del vino, Cristo está presente, Dios y hombre, cuerpo y alma, eso parece locura, desconcierta y “escandaliza” a la suficiencia intelectual. Sólo la fe nos tranquiliza ante este misterio incomprensible:

“Se engaña en ti la vista, el tacto, el gusto,  
más tu palabra engendra fe rendida:  
cuanto el Hijo de Dios ha dicho, creo;  
pues no hay verdad cual la verdad divina.  
En la cruz la Deidad sola estaba oculta,  
aquí también la humanidad yace escondida;  
sin embargo, una y otra creyendo y confesando,  
pido lo que imploraba el ladrón penitente”<sup>49</sup>.

“Ofrezcamos sin cesar, por medio de Cristo, a Dios, un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que *confiesan* su nombre” (*Hb* 13,15).

#### b) *Nuestra fe corona la Obra de Dios*

Al solicitar el homenaje de nuestra fe, Dios nos confiere una nobleza singular: nos capacita para llevar a la perfección su propia Obra, para asegurar el éxito y la victoria de su gran empresa: la redención.

En la Escritura, la expresión “Obra de Dios” se aplica a la redención y a la fe.

“La Obra de Dios” por excelencia, es ante todo y sobre todo, la redención, “obra” de la que ya se trata en el cuarto canto del Siervo sufriente:

“Si se da a sí mismo en expiación..., la Obra del Señor se cumplirá por su mano” (*Is* 53,10).

El Cristo joánico habla varias veces de esa “Obra del Padre”, cuyo esbozo y anticipación son las obras del Hijo, así como todos los “signos” realizados por Jesús no son más que una preparación al “Signo” por excelencia, el “signo de Jonás” (*Mt* 12,39; 16,4; *Lc* 11,29): su Pasión y su Resurrección. Junto al pozo de Jacob, dice que su comida consiste en llevar a cabo la obra del que lo envió” (*Jn* 4,34). En el Cenáculo, puede decir al Padre que lo ha glorificado cumpliendo la obra que el Padre le había confiado (*Jn* 17,4). Y cuando, desde lo alto de la cruz, da aquel fuerte grito: *Consummatum est!* “Todo está cumplido” (*Jn* 19,30) lo hace para expresar su gozo por haber asegurado un éxito perfecto y definitivo a la gran empresa de la redención.

Consiguientemente, la “Obra de Dios” es, ante todo, aquella que produce nuestra salvación: obra más maravillosa aún que la de la creación.

Sin embargo, el mismo Cristo joánico afirma que la “obra de Dios”, la única que el Padre exige, es la fe.

A las multitudes, que presencian la multiplicación de los panes y se benefician por ella, Jesús les recomienda que “obren, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que les dará el Hijo del hombre” (*Jn* 6,27). Y a la pregunta que entonces le proponen: “¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?”, responde sencillamente: “La

---

<sup>49</sup> *Ambo tamen credens atque confitens... Himno Adoro Te supplex, latens Deitas ...*



obra de Dios es que creáis en quien Él ha enviado” (v. 28 ss.).

Entre la afirmación: “La obra de Dios es la redención” y esta otra: “La obra de Dios es la fe”, no hay contradicción; por el contrario, la aparente oposición nos lleva a un descubrimiento importante: estas dos obras se completan admirablemente. Pues la obra de la redención no se “logrará” realmente (*Is* 53,10) sino gracias a la colaboración de nuestra fe; por supuesto, se trata de la fe viva que comprende prácticamente toda la vida teologal: fe, esperanza, amor y la vida de oración.

Al abrimos, por la fe, al don de la gracia divina, permitimos que la Obra de Dios alcance su fin, resulte victoriosa. Sin nuestra fe, quedaría frustrada en su cumplimiento; Dios no tendría la alegría de poder dar, de poder prodigarse. Había prometido por boca del profeta Jeremías: “Pondré mi gozo en hacerles bien” (*Jr* 32,41). Al aceptar la gracia que se nos ofrece le permitimos cumplir esta promesa; si nos negáramos a acogerla, Dios estaría privado de una alegría inmensa... Pues el don es verdaderamente don sólo si es aceptado.

Un pasaje del Segundo Isaías, utilizado en la liturgia de Adviento, ilustra muy bien estas dos “obras” complementarias: la colaboración íntima entre el Cielo y la tierra, entre Dios y el hombre: *Rorate, caeli, desuper, ... aperiatur terra:*

“Destilad, cielos, como rocío de lo alto,  
derramad, nubes, la victoria.  
Ábrase la tierra  
y produzca salvación” (*Is* 45,8).

Aunque los cielos prodigasen sus bendiciones de lluvia, nieve y rocío, si la tierra se cerrase y los rechazase, nada podría germinar ni madurar. De igual modo, la gracia de Dios quedaría estéril y ninguna salvación podría germinar en la humanidad, si ésta se negase a creer.

Cuando nos invita a colaborar con Él en la obra de nuestra salvación y de todos los demás, al hacer de nosotros sus “cooperadores” (*I Co* 3,9; *I Ts* 3,2), Dios nos trata como amigos: “Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe lo que hace su amo; os he llamado amigos (y sigo tratándoos así)<sup>50</sup> porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (*Jn* 15,15).

Al concedernos así “la dignidad de casualidad” de la que habla santo Tomás de Aquino<sup>51</sup> y la posibilidad de coronar su Obra, Dios manifiesta su propia munificencia y generosidad: se complace en dar con largueza y sobreabundancia. Es el ser generoso por excelencia; su misma esencia lo impulsa a prodigarse. A Él se aplica en su más alto grado el adjetivo hebraico *nâdîb*, “generoso, espontáneo”: es espontáneo en su liberalidad, noble, generoso, lo que -por otra parte- está expresado por varios nombres propios: *Nâdâb*, *Yônâdâb*, “Yahvé es generoso”, *Nedâb-Yah* (igual sentido) (*I Cro* 3,18), *Nedâm-’êl*, “Dios es generoso”<sup>52</sup>.

### c) *La fe nos da la libertad verdadera*

El hombre de nuestro tiempo, amenazado por toda suerte de presiones y de tiranías, aspira ardientemente a la libertad, y con razón. Al menos, debería saber en qué consiste la verdadera libertad, que no se ha de confundir con licencia y libertinaje.

La libertad no se adquiere emancipándose de toda disciplina, de toda autoridad. Quien rechaza

---

<sup>50</sup> El perfecto que se usa en griego justifica este paréntesis.

<sup>51</sup> *Suma teológica*, I, q. 47, a. 3, ad 1.

<sup>52</sup> Este último nombre no se encuentra en la Biblia, sino que fue descubierto en un sello israelita. Cf. *Revue Biblique* 1910, p. 417.

el “yugo suave” de la Ley de Cristo (*Mt* 11,30), corre el riesgo de tornarse esclavo de sus propias pasiones y de cualquier demagogo. Desde el comienzo, los Apóstoles debieron poner en guardia contra ciertas falsificaciones de la libertad cristiana: “Obrad como hombres libres y no como quienes hacen de la libertad un pretexto para la maldad, sino como siervos de Dios” (*1 P* 2,16; cf. *2 P* 2,19). “Que la libertad, -dice un poeta alemán<sup>53</sup>- sea la finalidad de toda atadura, como se sujeta la cepa de la vid, para que, en vez de arrastrarse por el suelo, se yerga, alegre por los aires”.

Cuando más, nos esforcemos por permanecer *sujetos* a Cristo por la fe amante, permaneciendo en Él y en su Palabra, tanto más libres seremos. “Para ser libres nos libertó Cristo” (*Ga* 5,1). Y continúa garantizándonos esa libertad en la medida en que seamos fieles a su Espíritu y a su Palabra: “Si os mantenéis fieles a mí Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres... Si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres” (*Jn* 8,31 ss., 36).

“Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (*2 Co* 3,17). “No nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza” (*2 Tm* 1,7). Gracias a este Espíritu “no nos avergonzaremos del testimonio que hemos de dar de nuestro Señor” (*ibid*, v. 8). “Tomando por norma las palabras sanas” de la enseñanza de los Apóstoles, “en la fe y en la caridad de Cristo Jesús, conservaremos el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros” (cf. *ibid*, v. 12 ss.).

Entre los griegos, la palabra *parrhêsía* caracteriza la franqueza, el valor de aquellos que dicen la verdad; para los autores clásicos, es una virtud propia del hombre libre, noble, magnánimo (*eugenês, gennaïos, magalô psychos*)<sup>54</sup>. En los Hechos, este término se halla aplicado frecuentemente a los Apóstoles, quienes frente a las autoridades hostiles, predicaban la buena nueva de Cristo crucificado y resucitado (*Hch* 4,13,29,31; 38,31) y el Verbo derivado de este sustantivo, *parrhêsiazesthai* (hablar con franqueza) es casi sinónimo de “predicar” (13,46; 14,3; 18,26; 19,8).

Este hablar franco, esta firmeza llena de autoridad es un carisma proveniente del Espíritu Santo. Los Hechos cuentan: “Acabada su oración (implorando la gracia de anunciar sin temor la palabra de la salvación), retrembló el lugar donde estaban reunidos; y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la palabra de Dios con firmeza” (*Hch* 4,31).

Antes de haber recibido el don del Espíritu, eran temerosos y pusilánimes (cf. *Jn* 20,19); es el Espíritu quien les confirió esta asombrosa firmeza, que habría de sorprender a las autoridades judías, tanto más cuanto que estos testigos de Cristo “eran hombres sin instrucción ni cultura” (*Hch* 4,13).

“Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús..., acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe... Mantengamos firme la *confesión* de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa” (*Hb* 10,19-22 ss.). Recordemos que en este “buen combate de la fe”, no estamos aislados, no nos asemejamos a un centinela perdido. Vivimos en la Comunión de los Santos: estamos rodeados de una multitud de testigos, constituida por las “miríadas de ángeles” (*Hb* 12,22), “las almas de los justos llegados ya a su consumación” (*Hb* 12,23), y los creyentes que combaten a nuestro lado. Y Dios, por supuesto, es el primero de todos estos testigos (cf. *Hch* 15,8).

---

<sup>53</sup> *Freiheit sei der Zweck des Zwanges,  
wie man eine Rebe bindet,  
dab sie, statt im Staub zu kriechen,  
froh sich in die Lüfte windet.*

(Friedrich Wilhelm WEBER. *Dreizehnlinden*, XVII, 30).

<sup>54</sup> Cf Heinrich SCHLIER, en ThWNT, vol. V, p. 872. Santo Tomás de Aquino escribió cosas muy bellas sobre la virtud de la “magnanimidad” en la *Suma teológica*, II-II, q. 129.

“Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios” (*Hb* 12,1-2).

La imagen es la de una carrera que se corre en el estadio, en presencia de una multitud de espectadores que infunden valor a los atletas. En esta carrera fijemos nuestros ojos en nuestro “Precursor” (*Hb* 6,20) que “ante Poncio Pilato rindió su noble testimonio” (*1 Tm* 6,13).

En su Diario, con fecha 3 de enero de 1948, Julien Green<sup>55</sup> relata lo que una señora le había contado la víspera: “Hace algunos años, se encontraba en la montaña con un grupo de jóvenes y con ellos hacía la ascensión de no se cuál pico de la Chartreuse. Todos se asían de la cuerda, pues había un pasaje difícil, por encima de un abismo de unos cuatrocientos o quinientos metros, pero era suficiente tener los ojos fijos en el peñasco, cuya vuelta estaban dando, y avanzar colocando con gran cuidado un pie delante del otro. De repente, un muchacho de dieciocho años gritó: ‘¡Me suelto!’ Y cayó en silencio en el precipicio. Me dijo Helena que en el momento en que el chico soltó la cuerda, ella sintió una vibración en su mano. Todos dieron media vuelta. El cuerpo fue encontrado después totalmente deshecho”.

Julien Green anota que reflexionó mucho acerca del sentido de esta historia. “El peñasco, dice, es Cristo (‘pues bebían de un peñasco espiritual que los seguía, y este peñasco era Cristo’, dice san Pablo, *1 Co* 10,4). Esa cuerda que la Iglesia pone en nuestras manos la debemos asir fuerte y humildemente, sin mirar hacia el precipicio. No hay que dárselas de listo y mirar hacia el abismo, pues entonces, se suelta la sogá. No siempre se la suelta de golpe, a veces se tarda veinticinco años, pero ¿qué son veinticinco años a los ojos de Dios? Y no se adelanta -y esto lo subrayo- sino a condición de ir colocando un pie delante del otro, lentamente”.

No miremos solamente a Cristo, sino que cuidemos de hacerlo todo según el modelo que nos fue mostrado en la montaña (*Hb* 8,5; *Ex* 25,40) a saber, el ejemplo que María nos dio en el Calvario. Allí, se reveló María como el modelo acabado de la confesión de la fe. Fue una confesión muda, un testimonio silencioso, pero en grado sumo audaz y elocuente. María no renegó de su Hijo, no se avergonzó de aquel cuya carrera parecía hundirse en una catástrofe irremediable y espantosa.

Que ella, por su ejemplo y su intercesión, nos ayude a permanecer fieles a su Hijo. En una época en que nos hemos habituado a aplaudir con frenesí toda crítica a la Iglesia, al Soberano Pontífice, a la jerarquía, acordémonos que la fe no es en primer lugar adhesión a un sistema de verdades abstractas sino adhesión amante a una persona, fidelidad a Cristo.

El “cristiano” verdadero pertenece a Cristo y está en Cristo; “le es fiel con un corazón firme y decidido”. Ocurre que, los recientemente convertidos de Antioquía, a quienes el apóstol Bernabé exhortaba a “permanecer, con corazón firme, unidos al Señor” (*Hch* 11,23), fueron los primeros en recibir el nombre de “cristianos”, *christianoí* (*Hch* 11,26). El cristiano auténtico sabe, con san Pablo, “en quién tiene puesta su fe” (*2 Tm* 1,12) definitivamente (en griego, se emplea el perfecto).

Ahora bien, la fidelidad a la persona de Jesús implica también fidelidad a todo lo que depende de él: su Palabra, su institución, la Iglesia, la Eucaristía; su Vicario, el Papa; los obispos, sucesores de los Apóstoles.

“Así, pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, incommovibles, progresando siempre en

---

<sup>55</sup> *Journal*, 5º vol. (1946-1950), Plon, Paris, 1951 pp. 137 ss.

la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es vano en el Señor” (1 Co 15,58).

*Prouilhe  
11270, Fanjeaux  
Francia*